

1.º de Agosto de 1917

Año VII.—Núm. 151.

Obras son amores

Impresión muy grata ha producido en mi ánimo algunas protestas recibidas en la Redacción de esta nuestra querida Revista con motivo del artículo publicado en el número 149 y que lo titulaba *Tuya es la culpa*.

En este mismo número se inserta una razonadísima alegación en la que mi querido y admirado amigo Sr. Goicoechea, pretende convencerme de que existe un núcleo del ochenta por ciento de aficionados que es la masa neutra y dispuesta á seguir el derrotero que los buenos les señalemos, otros no menos queridos compañeros, en cartas particulares hacen muy atinadas observaciones, que me llenan de júbilo, pues todos al unísono ponen el dedo en la llaga y me permiten insistir en *Tuya es la culpa*.

Reconocen que existe un tanto por ciento muy respetable de cazadores y pescadores, los cuales permanecen abstraídos e indiferentes al titánico esfuerzo que unos cuantos *patriotas* (no debe de aplicársenos otra denominación) hacemos en beneficio de España y de los españoles; al reconocer esto, reconocen su culpa; pues bien, voy á suponer que CAZA Y PESCA no fuere leída mas que por mil aficionados, pero aficionados verdad, voy á seguir suponiéndome que estos mil que leen la Revista están compenetrados con nuestro sentir y convencidos de que si la forma federativa

llega á ser un hecho, sería el haber conseguido la regeneración espiritual y material de una afición hoy próxima á desaparecer para convertirse en un deporte de recinto acotado, y siguiendo por el camino de las suposiciones, ¿sería mucho suponer que estos mil aficionados tuviesen *cinco* amigos á quienes inculcaran la bondad de nuestra idea? no creo exagerar en esto, ¡cinco amigos quien no los tiene! pues bien, si los *mil* antes mencionados atraen con nosotros cinco amigos cada uno, resultaría enseguida 6.000 que secundando nuestra campaña y trabajando con fé inquebrantable, antes de un año llegaríamos á los 60.000: creo que esto no sea pedir la luna ni mucho menos, ¿es factible de hacer? pues adelante, sin desmayo, con voluntad de hierro y dejando, ó mejor dicho, despreciando á los que antepongan sus personalismos al interés de tan hermosa obra.

Recuerdo al escribir estas líneas lo que me decía en carta particular mi querido amigo D. Vicente de la Quintana con motivo de unos de mis anteriores artículos dedicado al Sr. Ministro de Fomento, al cual yo le manifestaba que nuestras aspiraciones la suscribían moral y personalmente unos 30.000 cazadores y pescadores; á nuestro entusiasta amigo le parecieron muy pocos esos treinta mil y con argumentos, no muy equivocados

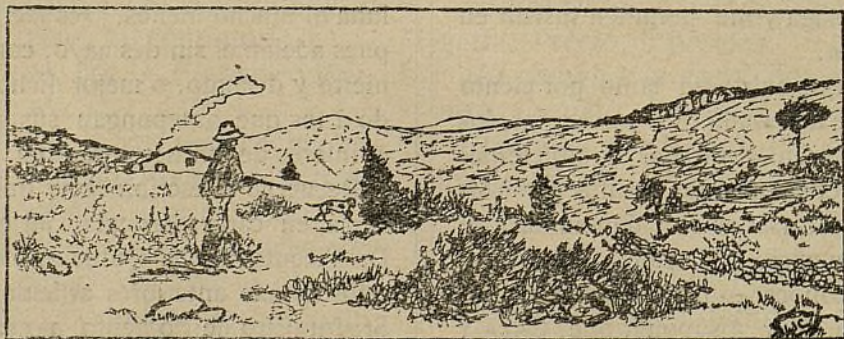
por cierto, los elevaba a 93.500 y esto lo deducía de que cuando se trató de organizar aquel primer é inolvidable Congreso de cazadores, se recojieron 18 firmas de los 19 cazadores con licencia que habitan en El Vigo de Mena, población donde reside nuestro amigo: Poco esfuerzo tengo que hacer para demostrarles á los Sres. Goicoechea y Quintana que no tenemos ni el ochenta ni el noventa por ciento, y que me estoy convenciendo de que ese tanto por ciento no son neutros, indiferentes, ni apáticos, sino *egoistas* que esperan á que se madure la fruta para luego compartir con los que dejamos nuestras energías, nuestro sudor y nuestro dinero en holocausto de una idea que á todos beneficia por igual, pero si Dios me da arrestos y las fuerzas no se me agotan pondré todos mis arrestos para evitar que disfruten de los beneficios aquellos que nada pusieron.

Y vuelvo al tema primordial de este artículo para insistir en *Tuya es la culpa*, claro es, que con la atenuante, muy digna de apreciarla en todo su valor, de que visto lo que hacen los demás, no es poco lo que haces tú, querido lector, leyendo la Revista, pero si además de leerla, la recomiendas, si además de recomendarla haces resaltar la bondad de los fines que persigue, y si además de eso le expones á tu interlocutor ó interlocutores en la forma más comprensible los beneficios

que pueden obtener si se adhieren á la organización de esta hermosa idea, habrás coayudado á nuestra ímproba labor; me asalta el temor de que dudes cuando trates de exponer los beneficios probables que se puedan conseguir, pero creo que no, porque son tantas las veces que se ha repetido lo mismo en CAZA Y PESCA que me parece estamos saturados y perfectamente convencidos de lo que deseamos y esperamos, pero puedes exponer el simil como si se tratara de una hermosa finca abandonada, de la cual se hubiesen apoderado una porción de gentes que como nada les importa, socavan sus cimientos hasta dar con ella en tierra y que, como esa finca pertenece a los bienes comunes, nos queremos unir los que velamos por su conservación, para arrojar á los invasores y ponerla en condiciones de explotarla y con su producto beneficiar á todos los que se expusieron para redimirla.

Nunca me gusta que la pesadez domine en mis escritos, quisiera tener fuerza imaginativa suficiente para concentrar en unas líneas todo mi pensamiento, pero como no poseo ese tanpreciado don, me veo obligado á cansarte querido lector, perdóname en gracia á mis buenos deseos y procura demostrarme con obras que no es *Tuya la culpa*.

FRANCISCO BARDUENA ALVAREZ.



DESDE VALENCIA

Aclaraciones sobre un retrato y biografía

**D. Salvador Martínez**

Con motivo de las "Aclaraciones" que insertamos y á petición de varios lectores, repetimos la fotografía de nuestro querido amigo, entusiasta cazador y notable pescador valenciano en justo castigo á su inconcebible modestia.



Llegó, por fin, la inesperada sorpresa dándose á la luz pública, á pesar de la tenaz y dilatada resistencia mía, mi biografía cinegética, precedida de un retrato de cazador que, aunque algo imperfecto su fotograbado, tiene bastante parecido á su original.

Dos conspicuos é incansables colaboradores de esta nuestra simpática Revista, amigos

míos muy queridos, puestos de acuerdo, seguramente, para llegar á la finalidad que se proponían, supieron urdir la *trama* tan á la perfección que, tendiéndome las redes con la maestría de un cazador furtivo, caí aprisionado en sus mallas, con la misma candidez que se engaña con el reclamo á la inocente codorniz.

Uno de ellos, D. Enrique Casás, aprovechándose de nuestra intimidad, como amigos inseparables, y de su prodigioso ingenio, ha plumado á sus anchas escribiendo una crónica biográfica cinegética tan admirable en la forma, por su corrección de estilo y brillantez, como abrumadora en el fondo para el biografiado por los elogios inmerecidos que le atribuye.

El otro, á quien considero principal culpable de la trama, el célebre andaluz de Rute, su seudónimo "Un Andalúz preguntón", que dotado de gran sagacidad puso á contribución toda su astucia, maña y destreza hasta conseguir la *pescu* de mi fotografía con el historial de mis *hazañas deportivas* (¡vaya unas proezas!) y su publicación en las columnas de la prensa, contrariando, á sabiendas, mis convicciones opuestas á toda clase de exhibición.

He ahí lo acontecido, distinguidos compañeros y dignos lectores de CAZA Y PESCA que hallais tenido bastante calma para perder el tiempo pasando la vista por aquel fachoso retrato y aquellas notas biográficas.

Confieso que preocupado en este asunto más de lo que merece, si se tiene en cuenta que solo afecta á mi humilde persona y que por carecer de interés y de amenidad semejante *frustraría* la inserción de estas cuartillas ha de producir la molestia consiguiente sin provecho para el periódico y la mayor indiferencia á sus lectores, toda mi atención, sin

embargo, se hallaba absorbida en una idea fija, cual es que alguien, además, debía de haber cooperado á la aparición del *milagro*, hasta que al fin ha germinado en mi mente el recelo de que *ese alguien* no puede ser otro que un *angel bueno* que, bajando de las regiones célicas y tomando forma humana en la Administración de esta Revista, ha patrocinado á los autores de la *treba* protegiéndolos para que consiguieran su intento.

¡Ah, Sr. Barduena, también ese *angel bueno* se ha revelado contra mí en esta ocasión!

Si, Señor, se ha aliado con aquéllos formando un triunvirato familiar, no tan célebre por lo tiránico, violento y sanguinario como el de los antiguos romanos Octavio, Marco Antonio y Lépido, pero si lo bastante intencionado para solfear lindamente á este veterano cazador castigando su modestia y sencillez al ponderar su vida cinegética con injustas alabanzas, que le hacen recordar aquel conocido adagio: «En vida al hombre alabar, si no es poder, no es ganar.»

Digo, pues, luego de haber hecho examen de conciencia, que tengo formado de mí, como aficionado al noble sport de la caza, una opinión que difiere bastante de las ventajosas cualidades en que el Sr. Casáns tan hábilmente ha sabido colocarme con su elegante pluma, viendo las cosas á través quizá de prismas de aumento por efecto de nuestra buena amistad.

Cierto que el divino arte lo he ejercitado mucho y lo ejercito todavía, á pesar de mis años, con gran ilusión y entusiasmo; pero no he pasado de la categoría de esos cazadores adocenados, que vulgarmente llamanos *del montón*, aun cuando me considere con méritos suficientes para figurar como sobresaliente entre los de esa categoría y cuya manifestación hago espontáneamente para que no se tache de hipócrita mi modestia.

Más observo que maquinalmente mi pluma se vá ocupando demasiado de mí mismo, aproximándome poco á poco á un terreno vedado en donde no se puede penetrar sin incurrir en el feo defecto de la presunción ó vanidad; y como me voy dando cuenta de que ese no es el buen camino á seguir que

me había trazado, lo abandono incontinenti con promesa formal de no reincidir.

Y aquí me teneis perplejo, dignísimos compañeros, en una situación asaz apurada, sin saber que hacer, si reprochar ó aceptar forzosamente lo hecho, por tratarse de un asunto de suma delicadeza en que sentiría molestar á quienes me unen estrechos lazos de amistad, y de salida harto dificultosa porque no poseo la necesaria perspicuidad para expresar con claridad y lucidez mi pensamiento.

Dudo si lo conseguiré; pero al menos voy á intentarlo.

Es el caso que, al concebir la idea de emborronar estas notas, se hallaba mi ánimo predispuesto á formular sentidas quejas contra el proceder de los amigos que directa é indirectamente han tomado parte en aquella publicación; pero como la reflexión es muy buena consejera, hube de pensar desapasionadamente sobre lo ocurrido, fijando en ello la atención para juzgar y decidir con acierto, y después de un detenido exámen he quedado plenamente convencido de que esos buenos amigos han obrado con la mayor buena fé é impulsados solo por vínculos de cordial afecto, para enaltecer en las columnas de nuestra ilustrada Revista los actos de mi vida cinegética, que después de todo no tienen la menor importancia y honran mi insignificante persona, aun estando desprovista de los merecimientos indispensables para recibir tan digno homenaje.

Así, pues, me veo obligado á cambiar de actitud, si no he de ser ingrato, significándoles mi verdadero reconocimiento por los señalados favores que se han servido dispensarme, pero no sin lamentar el acto de la pública exhibición, á la que siempre he sido refractario y a cuya dura prueba me han sometido con sus laudables propósitos.

Bien que he de declarar ingenuamente que mi mayor gratitud se la debo al Sr. Casáns, que tan indulgente ha estado conmigo en la descripción de mi biografía, disimulando mis faltas, que no son pocas, y encomiando mucho más de lo debido mis escasísimos dotes de cazador.

Voy á terminar, pues observo que nuestro

querido Director arruga el entrecejo dando señales de enfado por lo extenso, engorroso é insustancial de este escrito; más le ruego disimule por unos momentos su efecto desagradable, para consignar aquí que el "Andaluz preguntón" es un andaluz de *mucho cuidado*, capaz de preparar una *treta* á cualquier amigo (en buen sentido se entiende), por más listo que sea; si bien obra tan ingeniosamente y con tanta gracia y sinceridad, y es tan solícito cuando se trata de encumbrar á sus compañeros de afición, que su proceder ahuyenta toda suspicacia, adivinándose desde luego la buena intención que le guía de no causar ofensa alguna, y por lo mismo yo, que admiro su talento y discreción, no puedo menos que tributarle desde estas columnas un aplauso cariñoso y entusiasta.

En cuanto al *angel bueno* de mis referencias (le reitero el ruego D Raimundo), ¿qué he de decir? Que es un *pájaro muy astuto y sagaz, que no tiene el diablo por donde roerlo*.

Adornado de esa cualidad moral que llamamos don de gentes, consigue fácilmente captarse las voluntades de las personas de su trato; circunstancia que con su perspicacia ha sabido utilizar para la realización de la *treta de marras Casús Preguntón*.

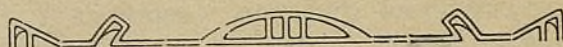
Más ya que estoy empuñando la pluma, no puedo resistir á la tentación de añadir, aun á trueque de ofender su modestia, que es

además inteligente, laborioso, colaborador infatigable de nuestra Revista, acérrimo defensor de la federación de todos los cazadores y pescadores, cuyo advenimiento tanto deseamos, y que sabe administrar con desprendimiento y pureza los sagrados intereses que con seguridad le tiene confiados la «Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.»

Os sobra ilustración, queridos compañeros, para comprender que os hablo de la honorable persona de D. Francisco Barduena, excelente amigo de él todos los que tenemos la satisfacción de ser suscriptores de CAZA Y PESCA.

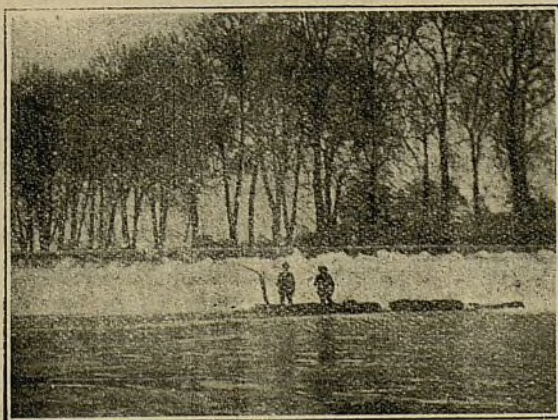
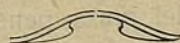
Y con tan plausible motivo, termino, señor Director, invocando para él, si no es impertinente, el siguiente proverbio: «Bien está San Pedro en Roma.»

SALVADOR MARTINEZ.



ESCOPEYAS de las mejores marcas, a precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASION.—Fuencarral, 45.





CUENTO

Cortesana y cortijera

Cuando Gloria Larios se hizo la toilette, dijo á Jorge Verdú amable y sonriente:

—A su disposición, Jorge.

Y cogidos del brazo penetraron en el salón, ante la admiración de cuantos en él había.

Jorge Verdú era un estudioso y distinguido oficial, de guarnición en Valencia, que llegó á la ciudad provinciana para dirigirse desde allí á su villa adorada, donde las delicias de un hogar feliz le esperaban ansiosas para hacerle olvidar las inquietudes de la ausencia y la nostalgia de la lejanía.

Nadie sabía el viaje del militar; ni sus padres, ni su novia, ni sus amigos. Fué una casualidad, fué el premio de su laboriosidad, fué la recompensa de sus méritos. En una mañana se le concedió su licencia; aquel mismo día hizo su maleta, y por la noche abandonó la ciudad de las flores. Llegó á Madrid, visitó á unos amigos, y al encontrar á Gloria entristecida, la invitó á pasar una temporada

en su pueblo con sus hermanas. Eran muy grandes amigos, amigos de antiguo, y por eso la invitación fué aceptada.

Y una tarde clara, cuando las sonrisas del crepúsculo perdían encanto, Jorge y Gloria, tan sólo acompañados por una vieja parienta de ésta tomaban el rápido en una estación de la Corte. A las pocas horas paraban en la ciudad castellana, donde residía la novia de Jorge, y en la que pernoctarían. Se hospedaron en el hotel «La Unión», y por ventura aquella misma noche en el hotel se celebraba un gran baile.

La pareja se preparó para asistir, aunque el mozo, al parecer, estaba preocupado. ¿Por qué? Clara, su novia, no asistiría, puesto que, según su última carta, pasaría la fiesta en sus « pinares », recordando entre sus paisajes amenos la figura arrogante de su idolatrado capitán.

Jorge lo creyó, y así, sólo por galantería, acompañaría á su amiga, la que por su parte

se alegraba de la coincidencia, para demostrar de esta suerte á las presumidas provincianas cómo se bailaba á lo «dernier.» Y era este también otro acicate que impulsaba á Jorge para lucir á su gentilísima acompañante, que había adquirido hábito de bailar en las tardes tibias y aristocráticas del Rifz, á los mundanos acordes de los «zíngaros» de Boldi.

Empezaba el cuarteto provinciano á modular las notas de un bailable desconocido. El lindo rostro del as burguesitas hechiceras hacía arrugas de extrañeza ante las cadencias nunca oídas, mientras las señoras, embobadas, escuchaban absortas. Callaron todas las bocas y cesaron todos los rumores. Nadie se atrevía á bailar por temor al ridículo. En aquel instante solemne penetraron en el «hall» perfumado Jorge y Gloria. Conocieron la situación, y ligeros, raudos, veloces, siguiendo los ritmos de la música, con maestría y soltura, danzaron el bailable. Ninguna pareja tuvo la audacia de bailar también. Cesó el compás, y una salva de aplausos resonó en el salón.

A los pocos minutos Jorge había saludado á sus amigos, y Gloria fué presentada á unas jóvenes que, complacientes y tímidas, la acompañaban. Cuando terminó el revuelo, Jorge tendió su mirada, y en un ángulo del Salón vió á su novia. Se afectó profundamente al verse engañado. Quiso saludarla y no pudo. Sonó un vals, buscó á Gloria, y en animada charla se movían divertidos. Clara abandonó el Hall. Verdú bailó mucho para olvidar la traición.

A la mañana siguiente, el oficial se presentó en casa de Clara. No le recibieron; la criada le entregó una carta, la leyó y allí mismo quedó hecha pedazos.

*
* *

Todo era alegría en la casa solariega por la llegada de Jorge, y todo muestras de cariño á su encantadora acompañante. Luego, una frialdad cada día más creciente demostraba á la cortesana que su presencia allí no era muy agradable. El capitán lo conoció, y trató de evitar el disgusto...; pero Verdú también perdía su ascendiente desde la rup-

tura con Clara, esa novia que le habían impuesto familiares conveniencias. Jorge no había tenido libertad para elegir esposa. El respeto á su padre lo impedía. Además, éste tenía tal prevención contra las de la Corte, que á todas las creía inútiles y pecadoras. Sólo Clara, la chiquita que él vió nacer, crecer y hacerse una mujer, era la que reunía todas las cualidades que necesitaba la esposa de Jorge, y por eso éste fué su novio y la quería...

La ruptura inopinada, casual, trastornó por completo las aspiraciones familiares. Verdú entretenía los días de su permiso en flictear con Gloria, pero lo que por flicteo empezara se transformó en cariño. Los dos jóvenes se amaban más, comprendían que su confesión provocaría disgustos, y Jorge calló.

*
* *

—Ya están las jacas—dijo á Jorge el viejo criado de la casa.

Y, animados y contentos, los jóvenes corrían alejándose del pueblo. Tranquilos andaban los caballos, cuando el que montaba Jorge se espantó y salió desbocado. Jorge, á pesar de ser un excelente jinete, no pudo dominar la fiera, y cayó sin sentido cerca de los «Pinares» de Clara. Quiso Dios que ella presenciara la catástrofe, para gozar con ella, vengadora y ruin. Gloria llegó al caído, le ayudó, y á los pocos instantes estaba reanimado.

Clara reía en alocada hilaridad grotesca. Gloria se encaró ante ella, y con palabras fuertes y acentos duros refrenaba su cinismo. Cortesana y Cortijera se mostraron cual eran. Gloria no sabía que Clara era la ex novia de Jorge. Este presenciaba, impávido, la escena, y al fin, agradecido y enamorado, besó el nácar de una mano femenina, mientras la otra le colocaba en el ojal de su americana una flor, la flor que, hermosa lucía Gloria en su pecho.

Por la noche, en el patio de la casa, á la luz de una luna brillante, referían el lance. El padre de Jorge vertió unas lágrimas, y luego tímidamente, besó á Gloria. Pudo vencerse así el buen hidalgo de que también en las ciudades las mujeres son buenas, senci-

llas y amantes, y de que en los pueblos no es en las mujeres todo ingenuidad, candor y virtud, sino que hay á veces en ellas hipocresía, falsedad y coquetería.

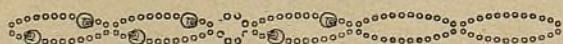
Terminó la licencia de Jorge, y la pareja regresó á Madrid. No viajaron solos. Les acompañó don Víctor, el padre del oficial, que iba á pedir para él la mano de Gloria.

ESTEBAN SERRANO RODRIGUEZ.

De "El Pueblo" Granada.



Interesa á los cazadores el anuncio **"MOSTELLA RAIMOST,"** que se inserta en la página 2.^a



COMUNICADO

Sr. Director de la Revista ilustrada CAZA Y PESCA.

Mi querido y distinguido amigo: Muy reconocido le quedaré si en su reconocida bondad se digna ordenar la inserción en el periódico de su digna dirección la copia de la siguiente carta.

Sr. D. Esteban Astorga, Vocal y encargado de los guardas jurados de la Asociación de Cazadores, titulada de «Castilla la Vieja.»

Mi estimado amigo: Supongo que ha de extrañarle el que haga uso de la pluma para comunicarme con usted cuando con frecuencia suelo tener el gusto de hacerlo verbalmente. Pero hay ciertas y determinadas cosas que deben decirse por escrito.

Me consta de modo innegable que ustedes han pasado una comunicación al Sr. Alcalde 1.º de esta Capital, en la que se consigna la autorización á todos los industriales dedicados á la venta de conejos para que sin restricción de ningún género puedan venderlos *muertos* en tiempo de veda.

Y como esto significa una reforma de la Ley de Caza y un desprecio de la Real orden

aclaratoria del 8 de Marzo de 1904, y eso, ni ustedes, ni nadie pueden hacerlo sin el asentimiento de alguien que por la Constitución del Estado está muy por encima de nuestra voluntad y de nuestros caprichos, me apresuro á expresar en esta carta mi más enérgica protesta, que tiene el valor único estimable de contener la censura para quien o quienes llegan á casos tan desahogados como el que lo motiva.

La extralimitación de ustedes, lleva consigo un engaño al Sr. Alcalde desde el momento en que no diciéndole la verdad como lo es, ocultándole que aquí existe otra asociación de cazadores que por si tiene el mismo valor legal que la de ustedes, ella puede, cumpliendo estrictamente la Ley, echar abajo una autorización atrevidamente contraria á la misma.

Cuando los Cuerpos Colegisladores así lo dispusieron, razones tendrían para ello. Y como los guardas de las demás Asociaciones no pueden quedar sujetos á esas arbitrarias disposiciones de un particular cualquiera, ni las mismas Asociaciones pueden sufrir vejaciones de nadie exponiéndose al ridículo público, á la burla, y á la resistencia de dichos industriales cuando un caso obligado pudiese llegar, creándose por ustedes conflictos y disgustos; en defensa de la Ley primero, en la de los guardas jurados á mis órdenes encargados de hacerla respetar y cumplir, y en la de mi representación de una seria y formal Asociación, protesto de ese proceder ilegal de ustedes que puede acarrear disgustos y contratiempos á los inocentes industriales que se fien de semejante arbitrariedad.

Siempre de V. atento amigo y S. S.

q. e. s. m.

Baldomero de Goicoechea.

13 Julio 1917.





Tema obligado

Después del incesante afán de unos cuantos queridos compañeros dedicando una y mil veces sus brillantes plumas á procurar el convencimiento de que nuestras continuas lamentaciones solo pueden tener fin, cuando todas las Asociaciones de Cazadores y Pescadores, confederadas, puedan elevar sus quejas y peticiones á los Poderes Públicos.

Después de aquella abnegada peregrinación del apóstol de la Federación que llevó su maestra pluma, su elocuencia, su peculio y sus molestias hasta caer rendido, enfermo y casi exánime lejos de su casa, por recorrer pueblos y ciudades haciendo de redentor, ese nuestro muy querido é inolvidable amigo y compañero el Sr. D. Juan Morales de Peralta.

Después de la cariñosa invitación hecha por la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, para que las demás Asociaciones enviaran su adhesión federativa dentro de un plazo suficiente que terminó el día 30 del pasado Junio.

Después, en fin, de tanto hecho, predicado y escrito encontrarnos á estas fechas conque otro infatigable é ilustre propagandista y no menos querido amigo y compañero, D. Francisco Barduena, nos dedica su sensacional artículo de «Tuya es la culpa,» francamente,

señores, convengamos en que la Federación no se hará «digamos y escribamos cuanto se quiera, no siendo por la imposición»; opinión que expuse en mi «Carta abierta» á nuestra distinguida agrupación «La Cinegética», de Valencia.

Me es muy difícil desentrañar lo mucho que se contiene en los mil artículos escritos sobre lo mismo para venir á deducir de todos ellos, la triste realidad de mi afirmación, á la que agregué mi verdadero deseo de equivocarme.

«Seis años de lucha y de experiencia han demostrado al Sr. Barduena que el noventa y cinco por ciento de los aficionados no prestan su apoyo á la Federación porque no pueden dar ejemplo de rectitud en el cumplimiento de las Leyes de Caza y Pesca, y que por eso temen á la Federación.» Voy á permitirme refutar este párrafo con argumentos que tienen su lógica consecuencia.

El noventa y cinco por ciento de los aficionados, verdad es, no pueden dar ejemplo de rectitud y cumplimiento de la Ley. Pero hay que tener muy presente *que el mal ejemplo de los padres cunde entre los hijos.*

Alegaré también por mi parte, una experiencia de varios años dentro de una Asocia-

ción de Cazadores á la cual no pertenezco; y de ese noventa y cinco por ciento, podría asegurarse que el ochenta no es refractario sino inocente de la pretendida Federación.

Se ha hecho de algunas Asociaciones una imitación perfecta de las agrupaciones políticas y como en estas, algunos sienten la vanidad de erigirse en dictadores.

De este absolutismo del que tiene la culpa ese ochenta por ciento, que como en la política con sus votos llevan á los Comicios á hombres de lo que más tarde se sienten arrepentidos, nace la ignorancia de lo que les conviene y se pretende. Y, si á ese ochenta del noventa y cinco por ciento se les reuniera, se les leyera uno y otro artículo de esta preciada Revista, y se les inculcara la idea de la Federación con todas sus indiscutibles ventajas, ese ochenta se confederaría y se erigiría entoces en educador del quince por ciento restante.

Conozco y trato á muchos de esos cazadores que infringen la Ley, pero á quienes no se les dice una palabra de la Federación.

De sus labios, diaria y constantemente escucho la confesión, de que si son malos afi-

cionados, «es porque ven el ejemplo constante en sus papás.»

Tienen razón: ¿Por qué, ellos, obreros ó necesitados y contribuyentes al Estado por las licencias de caza, ó de pesca, y con sus cuotas á las Asociaciones, han de ser de peor condición?

¿Por qué, ellos, en llegando el 15 de Febrero han de enfundar las escopetas y no los que usan automóviles, tienen fincas no vedadas, padrinos y caciques?

¡Gangrena social de nuestros tiempos!

Hay, pues, que extirpar esa gangrena que corroe y mata. Hay, pues, que procurar los medios de que la idea federativa la conozca el ochenta de los noventa y cinco por ciento á que alude nuestro querido amigo el Sr. Barduena, y para ello no existe otro camino eficaz que el seguido por D. Juan Morales de Peralta.

¡Ah!, si esto se hiciese, cuantas cosas se comprobarían que asombrarían, y que demostrarían *quienes son los que temen á la Federación.*

BALDOMERO DE GOICOECHEA.

17 de Julio.

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACION)

No será inútil observar que existe un peligro cierto en emplear *pólvoras desconocidas* sin llevar con ellas á cabo experiencias con el arma en uso, y como es lógico comenzando con cargas mínimas escrupulosamente dosificadas, y deberá tenerse siempre presente que en los explosivos nitrados, una sobrecarga de sólo *un de ígramo* varía la velocidad de 4 á 5 metros y aumenta en 15 y 20 kilos la presión por centímetro cuadrado.

Aparte de todo lo expuesto, el CAMBIO DE PÓLVORA lleva consigo la modificación del tiro por las diferencias de velocidad inicial, que hacen fracasar largas experiencias anteriores.

Cuantos de palabra ó por escrito nos ocupamos de estos asuntos, debiéramos constantemente, como quien propaga una excelente idea (y así es), combatir la ignorancia de los cazadores sencillos de los pueblos (á veces explotados por vivos y desaprensivos, que hasta llegan á anunciar el secreto de la fórmula por dos modestas pesetas, como ha podido leerse en algún periódico de gran circulación), diciéndoles que el uso de las mal llamadas *pólvoras á base de clorato de potasa* y azúcar son, no ya su uso, sino su manipulación, un pasaporte para la otra vida ó, cuando menos, la mutilación, de algún órgano importante, como sería fácil de demostrar

con numerosos casos conocidos en diversas localidades.

EL CLORATO es un oxidante que tiene propiedades explosivas y detona fácilmente por choque ó por rozamiento. Su manejo es siempre peligroso y este peligro subsiste durante los transportes. El ilustrado general de ingenieros Sr. Banús, dice que es tan poca su estabilidad, que se descompone con sólo exponerlo al sol en frascos de cristal y una gota de ácido sulfúrico lo hace detonar. Este explosivo, dice dicha autoridad, es muy vivo y por consiguiente, *no es propio para emplearlo en las armas de fuego*. Con añadir que en América para evitar peligros se hace al pie de obra (barrenos) y que se ha empleado en diversos países para producir explosiones especialmente en los torpedos, está dicho todo.

¡Y cosa estupenda! ¡Semejante preparación torpemente hecha en los pueblos por gentes rústicas y aun por algunas que pretenden saberlo todo, la emplean en armas de 10 á 50 pesetas de vil hierro fundido!

Y se me ocurre preguntar: ¿Es que *cincuenta céntimos* que cuestan 100 gramos de pólvora FINA y que por lo menos representan 25 disparos á *dos céntimos*, es un grave dispendio? ¿No vale dos céntimos un ojo, una mano, un brazo ó la vida que pue ten perderse durante la trituration y preparado y en el uso más tarde del citado clorato potásico?

Las condiciones de un buen tiro dependen, como es natural, de la CALIDAD DEL CARTUCHO empleado, teniendo en cuenta que la rotura de la vaina produce una pérdida de velocidad que puede llegar á 80 y á 100 metros según los casos.

Un buen número de clases puede el aficionado hallar hoy en los establecimientos dedicados á su venta, contándose para el calibre 12 unas 14 ó 15 clases, si bien al disminuir aquéllos los tipos disminuyen también, en atención á su menor uso, á partir del calibre 16.

Para uso general de las armas baratas que deben emplear las pólvoras negras, son de buen rendimiento las que se conocen en el mercado por U E E, de precios muy módicos, pues se expenden á 4 pesetas el 100 los Central 12, vacíos naturalmente.

A pesar de lo que antecede, sería á mi juicio preciso emplear siempre el mejor cartucho, pues por su resistencia, regularidad, perfecta obturación y su excelente detonador mejora y regulariza en toda ocasión el tiro, ayudando á mantener el buen estado de los ajustes del arma al soportar él una parte de las presiones desarrolladas y al evitar con su integridad la salida de gases, tan perjudicial al arma y á sus condiciones balísticas.

Pero, tropezamos de nuevo con la objeción de los cazadores modestos, y les saldremos al paso diciéndoles, que el cartucho marrón marcado con las iniciales antedichas, es un cartucho de excelentes condiciones y aun mejor el que recientemente se ha puesto á la venta, fabricado en Londres para la Sociedad tantas veces citada, con la denominación de U E E Extra, siendo su precio de 5 pesetas 100, abordable á todas las fortunas.

Para el cazador de *élite*, mencionaré los cinco tipos siguientes: Acorazados, media coraza, y especiales para las pólvoras Schultze, E C y Diamond s. h., cartuchos irreprochables bajo todos los aspectos, así como los tres tipos de la marca G G que, con ser de primer orden, no elevan mucho sus precios.

Los grandes cazadores, los reputados tiradores de pichón emplean con superior é invariable resultado los tipos que van mencionados y que, á decir verdad, merecen la justa fama de que gozan.

Ha de presidir la CARGA DE LOS CARTUCHOS un método y un cuidado exquisitos si han de producir el resultado apetecido. Inútil parece decir que las nitrocelulosas requieren, para que den todo su rendimiento útil, que dado su arder progresivo y lento sean usados los cartuchos para ellas fabricados, los cuales están provistos de pistones especiales por la calidad del fulminato empleado. Cualquiera de los cartuchos mencionados de gran marca es, para el caso que nos ocupa, insuperable.

Elegido el tipo, colocaremos sobre la mesa de trabajo el número de ellos que hemos de cargar y procederemos del siguiente modo: Tratándose de pólvoras sin humo, sería más conveniente el pesar cada carga en una balanza de precisión; pero podrá suplir este lar-

go trabajo una buena medida, cuya capacidad haya sido previamente comprobada y, en todo caso, mejor que tomar con ella directamente la pólvora, será verter sobre ella la misma, pasando por sus bordes luego un raseros perfectamente plano.

Hecho esto, haremos descender procurando el nivel un taco delgado impermeabilizado que evitará la humedad y al mismo tiempo que los granos de la pólvora se adhieran al taco engrasado de fieltro que irá seguidamente encima, sin que en las pólvoras sin humo deba hacerse atacado alguno que aumentaría sin ventaja las presiones, haciendo molesto y aun peligroso el disparo. Bastará apoyar los tacos asegurándose de que ocupan justamente su lugar; sobre el engrasado, que tendrá de 9 á 12 milímetros perfectamente calibrado y elástico, deberá colocarse otro de cartón delgado que recibirá la carga de perdigones, que á su vez será recubierta con otro taco de cartón delgado.

(Se continuará.)

SECCION BIBLIOTECA

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. Precio, 60 céntimos.

Notas de caza, por D. Francisco Brú. Precio, 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por D. Agustín Álvarez Navarro; 4.^a edición reformada. Precio, 1,50.

Manual del Cazador de Perdices con los reclamos, por D. Jacobo G. de Escalante. Precio, 2 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

El Cazador práctico, por D. Antonio Briones Parra. Precio, 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por D. Diego Muñoz Cobo. Precio, una peseta.

Armas y defensas. Notabilísima obra,

por D. A. Vázquez de Aldana y D. E. de Lete. Precio, 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena. Interesante colección de postales á todo color, por D. Joaquín Fernández Trujillo. Precio, 5 pesetas.

Cirujía popular de urgencia. Obra muy útil, por el Dr. Varela de Seijas y Ramírez. Precio, una peseta.

Un paseo por Madrid viejo. Interesante folleto madrileñista, por D. Plácido Soria. Precio, una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. B. Precio, 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por el Sr. Pardo y Puzo. Precio, 5 pesetas.

Cuentos de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

Episodios de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por D. Diego Pequeño. Precio, 4,50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el señor Duque de Medinaceli. Precio, 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial, por el Ministerio de Fomento. Precio, 50 céntimos.

Estudio critico de caza, por el señor Liñán y Tavira. Precio, 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por el Sr. Llagaria. Precio, 5 pesetas.

El campo y la caza, por el Sr. Moreno y Castelló. Precio, 3 pesetas.

Prácticas cinegéticas, por el Sr. Morales de Peralta. Precio, 3 pesetas.

NOTA. Nuestros lectores de provincias enviarán para franqueo y certificado 40 céntimos, además del precio indicado en cada obra.

Imprenta y papelería.—Basilio Sierra, Atocha 36.